

la derecha un rejado de hierro que se abre hacia un pequeño patio, en cuyo extremo se halla una escalera de dieciséis gradas tallada en la roca viva. Conduce á una caverna baja, irregular, cavada en una toba blanquecina y quebradiza, cuyo techo está sostenido por algunos fustes de columnas: es el sitio tan conocido, tan venerado bajo el título de gruta de la Leche. Refiere la tradición que sabiendo la Virgen que Herodes buscaba á su divino hijo para matarle, se ocultó en este lugar con El y San José, hasta que por consejo del Angel salieron huyendo para Egipto. Añade, además, que cuando María daba el pecho al divino Infante, cayeron al suelo algunas gotas de su leche virginal, las cuales comunicaron á aquella piedra gredosa de que está formada la Gruta, el color blanco que posee, juntamente con su virtud de que tomándola desleída en una bebida cualquiera, recobren la leche las madres que no la tienen. Esta es la causa porque acuden á este Santuario todas las mujeres del país, lo mismo católicas que cismáticas, turcas que beduinas. Desde los primeros siglos, la caverna santificada por la presencia de la Madre de Dios, fué convertida en capilla y custodiada en todos tiempos con grande celo. ¡Desgraciado el que la tocase!...

Un altar muy sencillo es su único adorno, porque es necesario dejar constantemente la puerta abierta á la devoción del pueblo, y no se podrían abandonar los objetos del culto á su piedad, á menudo bastante indiscreta. Todos los días celebran allí la Santa Misa de los Padres Franciscanos: y en las vigiliass de las festividades de la Virgen, van después de visperas á cantar las letanías compuestas en honor de la Reina de los Angeles.

En esta misma cripta tienen lugar los ejercicios del mes de María. Los betlemitas asisten á ellos, no solamente con gusto, sino, por decirlo así, hasta con fanatismo. Caben en la gruta como unas doscientas personas. Pues bien; cosa increíble: en este mes privilegiado, se amontonan, se hacinan, se oprimen en este estrecho recinto seiscientas y hasta ochocientas mujeres, á riesgo de asfixiarse. «Permanezco allí cada tarde de dicho mes, me decía el religioso que hacía de cura, hora y media, durante el cual predico, rezo el Rosario y entono cánticos á la Virgen. Cuando salgo de este horno estoy muy aturdido, bañado de sudor, y desde el primer día cojo un resfriado de garganta que me dura para toda la estación.»

Los frailes Menores tuvieron la Gruta de la Leche en propiedad desde su entrada en Tierra Santa. Arrojadoss poco después por los musulmanes, volvieron en 1375 con un firmán que les volvía poner en posesión de los Lugares Santos. Uno de los primeros pensamientos fué

el de edificar un pequeño convento junto al humilde santuario, á fin de poder velar noche y día la roca que recuerda uno de los más tiernos episodios de la Sagrada Familia en Belén.

Volvamos al pesebre. Una pieza de mármol blanco labrada, en forma de cuna, ha sustituido al pesebre de madera en que la Santísima Virgen colocó entre pajas al Soberano del cielo, pesebre trasladado tiempo después á Roma, á la Basilica de Santa María la Mayor. Como esta parte de la gruta no permite por lo bajo que en ella se celebre el santo sacrificio, háse levantado muy cerca un altar, llamado de los Magos ó de los Tres Reyes, en el sitio en que estaba sentada la Virgen al presentar al divino Infante á las oraciones de aquellos principes de Oriente. Allí mismo le habían adorado antes los pastores. Este altar, lo mismo que el Pesebre, son poseidos por los católicos.

Nada puede darse tan agradable y devoto como esta iglesia subterránea, escribe Chateaubriand; enriquécenla varios cuadros de la escuela italiana y española, representando los misterios de estos lugares, Virgenes y Niños á la manera de Rafael, Anunciaciones, la Adoración de los Magos, la llegada de los pastores, milagros todos en que á la grandeza acompaña la inocencia. Los adornos ordinarios del Pesebre son de raso azul con los bordados de plata. Ante la cuna del Salvador humea de continuo el incienso, y hánse oído en la misa tocar con gran expresión en el órgano los aires más suaves y tiernos de los mejores maestros de Italia. Estos conciertos encantan al árabe cristiano que, dejando en el campo sus camellos, viene, como los antiguos pastores de Belén, á adorar en su cuna al Rey de Reyes. El mismo morador del desierto comulga en el altar de los magos con un fervor no sentido por los cristianos de Occidente.

De las colgaduras de seda quedan sólo girones; si alguna vez los Padres latinos han intentado renovarlos, los griegos se lo han impedido pretendiendo que ésto sólo á ellos corresponde. Tampoco existen varios de los cuadros que admiró el escritor francés, pues fueron robados en 1873, la noche del 25 de Abril, en que un numeroso grupo de cismáticos armados con fusiles y espadas, penetraron tumultuariamente en la gruta y se apoderaron de muchos objetos de valor después de herir á los frailes que querían impedirlo.

Pasando á otras grutas inmediatas á ésta, que por medio de pasadizos subterráneos comunican con ella y forman parte de la misma cripta, el primer altar que se encuentra después de la Natividad está consagrado á San José. Afirma una tradición que allí se retiró el santo durante el parto de la Virgen, y dice otra que para librarse de las pes-

quisas de Herodes se refugió allí con la Santísima Virgen y el Niño Jesús, apareciéndosele un ángel que les ordenó huir á Egipto. Fué erigido este oratorio en el año 1621 por el padre Francisco de Novara, custodio de Tierra Santa, á instancia de los fieles deseosos de que el padre putativo de Jesús fuese de un modo particular honrado en el mismo lugar donde tanta participación tuvo en los santos misterios allí realizados. La capilla está abierta en la roca, es muy baja y hay en el altar un cuadro, verdadera obra maestra, pintado en Colonia, que representa la huida á Egipto.

De allí, bajando una escalera de cinco peldaños, se llega á la capilla de los Santos Inocentes. ¡Felicísima idea fué la de honrar á las inocentes víctimas junto á la cuna por la cual derramaron su sangre! Dice la tradición que á aquel sitio fueron llevados muchos niños por sus madres desoladas en busca de un refugio que no pudo librarlos de los sicarios de Herodes, y añade que, después de muertos, sus cuerpos fueron en aquel sitio amontonados y enterrados, hallando todos un mismo sepulcro.

Por la capilla de los Inocentes se llega á la gruta de San Gerónimo, en la que se encuentra el sepulcro del gran doctor de la Iglesia, el de San Eusebio de Remona y los de Santa Paula y Santa Eustoquia, y en el extremo septentrional el oratorio del primero, abierta en la peña y convertido en capilla. Allí, junto al Pesebre del Salvador, apartado de la azarosa existencia mundana, vivió por espacio de treinta y ocho años el fogoso dalmata llorando sus pecados y en austera penitencia, guardando, dice, el día del tremendo juicio. Allí, trabajando día y noche, escribió sus admirables epístolas y la versión latina de la Sagrada Escritura, conocida con el nombre de Vulgata, al mismo tiempo que aprendía diferentes lenguas y que, haciéndose preceptor de los niños, les instruía en la gramática y en el temor de Dios. Sirviendo de edificación para la iglesia entera, que le consideraba como una de sus lumbreras y uno de sus más firmes apoyos, recibía consultas de todos los ámbitos del mundo, y del rincón de su celda era oráculo de la cristiandad, ya fuese menester confundir á los herejes, y se recurriese á su saber profundo para la interpretación de los sagrados textos. Allí supo la estruendosa caída del romano imperio y de la desolación de Roma, tomada por Alarico en el año 410; el inmenso desastre arrancó á su corazón elocuentes y doloridos acentos, y en su retiro ofreció asilo á los patricios fugitivos que, después de haber poseído los palacios de la tierra, tuvieron á gran favor hallar albergue en la celda de un cenobita. Allí, en fin, murió á la edad de ochenta y ocho años, corriendo el

de 420, y quiso ser sepultado en el mismo lugar que tanto amara, junto al pesebre del Redentor. Su cuerpo, en efecto, fué depositado en un sarcófago labrado en la peña, y trasladado después á Roma, donde es venerado en la Basílica de Santa María la Mayor.

En la misma sepulcral, enfrente del altar en que se levanta el sepulcro vacío del ilustre doctor, hállase la sepultura común, vacía también hoy, de Santa Paula y de su hija Santa Eustoquia. Muchas fueron en aquel tiempo las matronas romanas que, renunciando las grandezas del mundo por la práctica de las virtudes, movidas por el amor á los Santos Lugares, dejaron su patria para vivir retiradas junto á la cuna de Jesús, y entre las más ilustres se contaban Paula y Eustoquia, de la familia de los Escipiones. Su opulenta fortuna sirvió á la madre para fundar en Belén un monasterio de varones y tres de mujeres, que puso bajo la dirección de San Gerónimo, y después de una vida de humildad, abnegación y sacrificio, rindió el alma en manos de su hija en el año 404, rodeando su lecho de muerte gran número de Obispos, presbíteros, levitas y monjes, llegados de todos los puntos de Palestina para recibir su postrer suspiro y asistir á sus funerales.

Eustoquia, imitadora de sus virtudes, quiso como ella vivir y morir en Belén; quince años más permaneció en la tierra, rigiendo uno de los monasterios fundados por santa Paula. Y al morir, ella que en vida jamás se separaba de su madre, que con ella comía, que con ella se acostaba, siempre unidas en entrañable cariño, fué á reunirse con ella en el mismo sepulcro. Así están representadas, ya muertas y en una sola tumba, en el cuadro del altar. «Con feliz acierto, dice Chateaubriand, imprimió el pintor á las dos santas completa semejanza; la hija se distingue de la madre únicamente por su juventud y el blanco velo; la una andó en la vida más que la otra, pero las dos han arribado al mismo puerto.»

A los dos años de la muerte de San Gerónimo falleció en Belén su fervoroso discípulo Eusebio; natural de Cremona, dejó patria y bienes para vivir y aprender al lado del eminente doctor, y fueron tales sus progresos en la ciencia y la virtud que San Gerónimo le nombró abad de un monasterio de Belén. Sepultado á poca distancia de aquél, sus reliquias no existen ya en el altar que allí mismo le está dedicado.

Cada tarde á las cuatro los quince ó veinte Padres que forman la comunidad franciscana de Belén, los trujumanes ó intérpretes de que se sirven, y los monacillos y niños de la escuela se reúnen en la iglesia del convento, puesta bajo la advocación de Santa Catalina; en ella, habitada para parroquia, han debido refugiarse los católicos desde que

por griegos y armenios fueron despojados del magnífico templo que les servía de catedral en otra época. Es la capilla, en la que hasta hace poco se estaban verificando obras para ensancharla, de una sola nave larga y angosta, oscura y muy baja de techo, y por tradición se cree que en ella apareció la Virgen María á la virtuosa doncella, que de este modo se convirtió al cristianismo. Desde allí, y por una escalera particular que permite á los latinos bajar á la cripta sin pasar por el coro de los griegos, dirígense los Padres en devota procesión á los varios santuarios que quedan descritos, empezando por el de la Natividad y acabando por el de San Eusebio. Nubes de oloroso incienso, oraciones y solemnes cánticos renuevan diariamente en aquellas subterráneas bóvedas la memoria de los misterios y grandes sucesos en ellas realizados. «¡Salve, capullos del martirio, que en el mismo umbral de la cruz tronchó el persiguidor de Cristo como troncha la ráfaga las nacientes rosas! ¡Salve, primicias de las víctimas cristianas, tierno rebaño por su causa inmolado! Debajo de este altar, son ahora vuestro inocente recreo coronas y palmas!»

Así canta en la capilla de los Santos Inocentes el coro de los niños belemitas, y duro ha de ser el corazón y cerrado á todos los grandes y dulces sentimientos de fe y piedad que no se ablande y conmueva á la vista de aquel espectáculo.

Los viajeros católicos que se encuentran en Belén suelen formar parte de la procesión, y con ella, recorridos los santuarios y oratorios en el mismo orden que los hemos citado, vuelven á la iglesia de Santa Catalina, y acompañan á los hospitalarios Padres á las salas de su convento. A una de ellas les sirven de adorno los retratos de varios soberanos de Europa y entre ellos los de Roberto de Anjou y de su esposa Sancha de Aragón. Grandes bienhechores de la heroica empresa que sostienen en Tierra Santa los hijos de San Francisco. El convento hállase contiguo y se extiende á lo largo del muro septentrional á la basilica, y créese que ocupa el lugar de una de las fundaciones de Santa Paula. Tiene una parte reservada á los Padres y otra muy espaciosa destinada á hospedaría para los peregrinos extranjeros. A la escuela establecida y mantenida por los frailes concurren ciento veinte niños católicos, y ocasiones ha habido en que su número ha sido aún mayor.

Además de esta escuela, el canónigo Belloni, profesor que fué de la Sagrada Escritura en el Seminario de Beit-Djalla, ha fundado en Belén una casa de horfandad muy digna de ser aquí mencionada, puesta bajo la advocación de la Santa Familia. Sin más recursos que su inagotable abnegación y los dones de caridad pública y privada, ha establecido

sobre muy sólidas bases un establecimiento modelo en el que doscientos alumnos, de ellos sesenta internos reciben diariamente el doble beneficio de una educación cristiana y de una instrucción suficiente para entregar luego con desahogo por todas las sendas sociales.

Conviene también citar, entre los establecimientos benéficos de que ha dotado á la reducida ciudad el espíritu católico, otros dos conventos franceses, últimamente establecidos. Es el uno residencia de Carmelitas y el otro de misioneros del Sagrado Corazón de Betharam. Las hermanas de San José visitan los enfermos á domicilio, y son queridas y veneradas por la población entera.

En el lado meridional de la basilica se levanta el convento griego y á continuación el armenio, formando junto con el latino, imponente mole que vista de lejos y también de cerca se asemeja á una fortaleza. Los monjes que residen en el primero son en corto número y están bajo la jurisdicción de un obispo sufragáneo del patriarca griego de Jerusalén. Este convento, lo mismo que el armenio, se llenan de peregrinos pertenecientes á su respectivo rito llegadas que son las fiestas de Navidad y Pascua.

Llámase escuela de San Gerónimo un salón abovedado dependiente del convento armenio, y sino la bóveda, las paredes datan de remotísima época. El tiempo y los hombres hánle causado grandes desperfectos. Como á la mitad de su altura se ha construido un piso que lo divide en dos salas distintas, inferior y superior, y ni rastro queda á la vista de las seis hermosas columnas que la decoraban, empotradas como están en sendos y pesados pilares. Si bien no se sabe de un modo auténtico, la tradición afirma que el salón que nos ocupa perteneció á uno de los conventos fundados por Santa Paula al rededor de la basilica, que allí estuvo la biblioteca de San Gerónimo y que en su vasto recinto recibía este Santo doctor al gran número de extranjeros que se presentaban á consultarle.

Residió San Gerónimo treinta y ocho años en Belén, donde se retirara, según manifiesta él mismo, para llorar sus pecados, encerrándose en una celda hasta que llegase el día del juicio. Trabajaba día y noche; enseñaba á los niños la gramática y el temor de Dios, estudiaba idiomas, mantenía correspondencia con los grandes hombres de su tiempo, confundía á los herejes, traducía la Biblia y comentaba las obras de los Padres de la Iglesia.

Saliendo de la Gruta de la Leche en dirección al Este, después de haber atravesado algunas ruinas sin importancia y restos de una capilla edificada, según dicen, en el sitio mismo de la casa de San José,